

—Vamos, váyase usted al Circo.

Tadeo le cogió la mano, besósela, dejando caer en ella una lágrima ardiente, y salió. Como ya había ido muy lejos forjando la historia de su pasión, no tenía más remedio que darle visos de realidad. No había de cierto en su narración sino que, efectivamente, un día que pasaba por Saint-Cloud se fijó en la ilustrada Málaga, gimnasta de la compañía Bouthor, y cuyo nombre acababa de ver en uno de los anuncios del Circo. El saltimbanquis, vencido con una sola pieza de cien sueldos, había cantado, refiriendo á Paz que la saltarina paró en aquellos trotes, no se sabe si por hallarla abandonada ó por haberla robado. Tadeo se dirigió aquella misma noche al Circo para observar atentamente á su hermosa. Un mozo de cuadra, que reemplaza en estos sitios á los camareros y ayudas de cámara, le enteró, mediante una propina de diez francos, de que el nombre de Málaga era Margarita Turquet y que vivía en la calle de *Fossés-du-Temple*, piso quinto.

Al otro día, más muerto que vivo, se dirigió Paz á las señas en cuestión, y preguntó por la señorita Turquet, sobresaliente entre las artistas del Circo durante el verano y comparsa durante el invierno en el teatro del *Boulevard*.

—¡Málaga!—gritó la portera precipitándose á la buhardilla.—Un lindo caballero desea hablarte. Está pidiendo informes á Chapuzot, que le está entreteniéndolo para que yo tenga tiempo de ponerte en guardia.

—Gracias, *hora* Chapuzot; pero ¿qué dirá si me va repasando la ropa?

—¡Ah, bah! Cuando se ama, se ama de cualquier manera, y siempre es hermoso el ídolo.

—¿Se trata de un inglés? Son apasionados por los caballos.

—No, más bien diría que es español.

—Malo, dícese que los españoles están arruinados. Quédesse usted aquí, señora Chapuzot, y así no parecerá que me hallo abandonada...

La portera abrió la puerta y preguntó á Tadeo:

—¿Qué desea usted, señor?

—¿La señorita Turquet?

—Hija mía—exclamó la portera tomando un aire grave,—preguntan por ti.

La cuerda en que se había puesto á secar ropa blanca hizo descubrir al capitán, despeinándolo.

—¿Qué desea usted, caballero?—preguntó Málaga recogiendo el sombrero de Paz.

—La he visto á usted en el Circo, y me ha recordado usted á una hija que perdí, señorita; y por el amor de mi Eloísa á quien tanto se parece usted, me gustaría favorecerla, si no tiene usted ningún inconveniente.

—¡Cómo! ¿qué dice usted? Pero, siéntese, general—dijo la Chapuzot.—No hay quien sea más cortés ni más galante.

—No soy tal cosa, querida señora; no soy más que un padre desesperado que busca en un parecido inverosímil el engaño de sus amarguras y su pena.

—¿Luego se trata de que pase yo por hija de usted?—dijo astutamente Málaga sin sospechar cuán profunda y cierta era la proposición.

—Sí; vendré á verla de cuando en cuando, y para que no falte nada de mi ilusión, vivirá usted en un cuarto lindísimo y amueblado ricamente.

—¿Y tendré mis muebles?—preguntó Málaga mirando á la Chapuzot.

—Y criados—replicó Paz,—y todas cuantas comodidades pueda apetecer.

Málaga miró al forastero recelosamente.

—¿De qué país es el señor?

—Polaco.

—Acepto, pues.

Salió Paz de la casa, prometiendo volver sin pérdida de tiempo.

—He ahí lo que se llama un hombre rígido—observó Margarita Turquet dirigiéndose á la Chapuzot.

—Temo que no quiera atraerme para cualquier extravagancia. ¡Bah! yo me arriesgo.

La bella volatinera habitaba, un mes después de esta rara entrevista, en un piso lindamente amueblado por el tapicero del conde Adam, y la explicación de ello estaba en que Paz quería que hablasen de su locura amorosa en el hotel Laginski. Málaga, para quien

esta aventura era como un cuento de las *Mil y una noches*, estaba servida por los Chapuzot, que representaban el doble papel de confidentes y criados. Creían todos ellos que el suceso tendría un desenlace u otro, que no podía tardar, cualquiera que fuese. Pero transcurrió un trimestre, y ni Málaga ni la Chapuzot supieron explicarse satisfactoriamente el capricho del conde polaco. Pasaba junto á ellas Paz una hora, minuto arriba, minuto abajo, cada siete días, y no se apartaba del salón, sin que las más hábiles maniobras de la gimnasta, secundada por sus amigos, lograsen atraerle ni al gabinete de Málaga ni á su alcoba. El conde se enteraba de los más insignificantes pormenores que podían modificar la existencia de la aventurera, y en cada visita dejaba dos medianozas sobre la chimenea.

—Tiene trazas de estar muy aburrido—observó la ía Chapuzot.

—Sí, ciertamente—respondía Málaga,—ese hombre es frío como el hielo...

—Pero hay que confesar que es un buen muchacho—añadía Chapuzot gozoso de verse vestido con paño azul de Elbeuf, y como cualquier dependiente de Ministerio.

Las dádivas periódicas de Paz venían á resultarle á Margarita Turquet una renta de trescientos veinte francos mensuales. Unida esta suma á los mezquinos gajes del Circo, le proporcionaban medios para pasar una existencia regalada en comparación con la miseria sufrida hasta allí. Contáronse raras aventuras al propósito de la suerte de Málaga. La vanidad hizo que dejase creer á todo el mundo que los seis mil francos que costaba su sostén al prudente capitán se elevasen á la cifra de sesenta mil. La opinión de *clowns* y comarsas era que Málaga nadaba en la abundancia. Además, ocurría que se presentaba la joven en el circo luciendo ricos albornoces, hermosas cachemiras, rebocillos admirables. En resolución, era el polaco lo más buenazo que podía encontrar una artista de circo. Ni exigente, ni celoso, dejaba á Málaga la más amplia libertad.

—¡Hay mujeres muy dichosas!—decía la rival de

Málaga.—No tendré yo, que estoy siempre á la cuarta pregunta, fortuna tan loca.

Llevaba Málaga continuamente deliciosas monadas, y *hacia á veces lucido papel* (admirable expresión del diccionario de las muchachas alegres) en coche, paseando por el bosque de Boulogne, donde la juventud elegante empezaba á distinguirla. Se hablaba ya de ella en la esfera viciada de las mujeres de dudoso vivir y se le hacía guerra implacable valiéndose de la calumnia. Asegurábase que era sonámbula y pasaba el polaco por uno de esos magnetizadores que buscan la piedra filosofal. Otros epigramas más mordaces aún excitaban la curiosidad de Málaga, como no lo estuvo nunca la de Psiquis: fué, llorosa, con el cuento á Paz, y acabó con este comentario:

—Cuando yo aborrezco á una mujer no la calumnio, ni menos pretendo que se la *magnetiza* para dar con el hallazgo de las piedras; digo que es jorobada y lo pruebo. ¿Por qué compromete usted mi fama?

Paz guardó el más cruel de los silencios. La Chapuzot se las manejó de modo que supo al cabo el nombre y el título de Tadeo; en el hotel Laginski adquirió datos inestimables: Paz era soltero, y nadie sabía que se le hubiese muerto hija alguna, ni en Polonia ni en Francia. Málaga no pudo dominar entonces su terror.

—Hija mía—dijo la Chapuzot,—ese monstruo...

El hombre que se contentaba con mirar solapadamente, con disimulo, sin decidirse nunca, ni en sentido alguno, sin tomarse libertades de ningún género, á una criatura tan bella como Málaga, debía ser, en opinión de la Chapuzot, un monstruo.

—Ese monstruo te está amansando para obligarte á cometer actos de ilegalidad manifiesta ó criminales. ¡Dios de Dios! No faltaría más sino que comparecieses ante la Audiencia, ó ante la correccional, ó, lo que hace que tiemble de pies á cabeza, que figurases en los periódicos... ¿Sabes lo que haría yo en tu lugar? Pues bien, avisar á la policía para estar segura.

Cierto día en que asaltaban las ideas más lugubres el espíritu de la muchacha, no bien hubo dejado Paz sus monedas de oro sobre el tapete de la chimenea,

cogió ella el donativo y se lo echó á él á la cara diciéndole:

—No quiero dinero robado.

El capitán lo recogió haciendo entrega de él á los Chapuzot, y no volvió á vérselo el pelo. Clementina estaba por entonces de veraneo en la quinta de su tío el marqués de Ronquerolles. Cuando los volatineros del Circo no vieron á Tadeo, todo se volvieron murmuraciones agudas. La grandeza de alma de Málaga la consideraron unos solemne majadería, y otros rasgo de entereza y astucia. Expuesta la conducta de polaco á las damas más entendidas, pareció inexplicable. Tadeo recibió en una sola semana treinta y siete cartas de mujeres frívolas. Afortunadamente para él su maravillosa reserva no despertó curiosidad alguna en la sociedad distinguida, y no hizo más que servir de pasto á la chismografía de la gente maleante.

Dos meses después, la linda saltarina, no pudiendo con sus deudas, escribió al conde Paz esta epístola que los petimetres han tenido por obra maestra:

«Aun me atrevo á llamarle mi amigo y á preguntar, si después de lo ocurrido y que tan mal interpretó usted, quiere condolerse de mi situación. Todo cuanto pudo mortificarle, mi corazón lo condena. Si fuera yo tan dichosa que le resultara á usted agradable permanecer como en otro tiempo á mi lado, vuelva á verme, pues de otro modo se apoderará de mí la más triste desesperación. La miseria ha llamado ya á mis puertas, y usted no sabe qué *comida más estúpida* trae consigo. Ayer me sostuve con un arenque de dos sueldos y un sueldo de pan. ¿Puede ser tal el desayuno de su amante? No están ya conmigo los Chapuzot, que parecían acompañarme con tanto desinterés. La ausencia de que soy víctima me ha hecho ver cuán vanas son las amistades y cuán pobres los sentimientos humanos... Cuando se alimenta á un perro no nos abandona ya, y los Chapuzot han huído. Un alguacil implacable se ha apoderado de todo cuanto tenía, en nombre del propietario, que carece de corazón, y del joyero, que se niega á esperar los diez días de plazo que le pido; pues como

«la confianza está en vosotros que sois la garantía del crédito, el crédito se pierde. ¡Qué situación para las mujeres que sólo tienen que echarse en cara la alegría de que han gozado! Amigo mío, he llevado á casa de mi tía todo lo que tenía algún valor; no me queda más que su recuerdo de usted, y, para colmo de desventuras, ya amenaza el mal tiempo. Pasaré el invierno sin un ascua con qué calentarme, pues sólo se representan *mimodramas* ahora en el *Boulevard*, donde maldito si tengo qué hacer fuera de papeles secundarios con que no se pone las botas una mujer. ¿Cómo ha podido ser que interpretara usted mal la nobleza de mis sentimientos, pues al fin y al cabo no tenemos más que un medio de expresar nuestra gratitud? Si tanto parecía interesarle á usted mi bienestar, ¿cómo es posible que me haya dejado usted sumida en la desgracia? ¡Oh, mi único amigo en el mundo! antes de que vuelva á recorrer las ferias con la compañía Bouthor, pues cuando menos así ganaré lo más indispensable para la vida, permíname que trate de averiguar si he perdido su afecto para siempre. Si alguna vez pienso en usted cuando salte á través del aro, soy muy capaz de dejarme romper las piernas, perdiendo un tiempo. De todos modos puede usted contar perdurablemente con la devoción de

»MARGARITA TURQUET.»

—Esta carta—pensó Tadeo reventando de risa—vale muy bien mis diez mil francos.

Estuvo de vuelta al día siguiente Clementina. A Paz le pareció más linda y graciosa que nunca. Después de la comida, durante la cual mostró la más absoluta indiferencia la dama en lo que toca á Tadeo, sostuvieron en el salón, tan pronto como se hubo marchado el capitán, una ligera disputa el conde y su mujer. Aparentando que pedía consejo á Adam, su amigo le había dejado, como por descuido, la carta de Málaga.

—¡Pobre Tadeo!—dijo Adam á su esposa.—¡Qué desgracia para un hombre tan distinguido ser el juguete de una saltarina de la más baja estofa! Lo perderá todo si sigue por ese camino; se envilecerá, no

habrá quien le reconozca dentro de poco tiempo. Te ma, lee, querida.

El conde alargó la carta á Clementina, y ésta la leyó, y sintiendo queapestaba á tabaco, la arrojó haciendo un mohín de disgusto.

—Por espesa que sea la venda que le cubre los ojos, debe haber advertido alguna traición por parte de Málaga—exclamó Adam.

—¡Y sin embargo vuelve! ¡Y será posible que perdone! Sólo para mujeres tan repugnantes sois indulgentes.

—¡Tienen tanta necesidad de que el hombre sea benévolo con ellas!

—Tadeo se hacía justicia á sí mismo encerrándose en casa.

—¡Oh ángel mío! eres demasiado dura—contestó el conde, que, si bien rebajaba con gusto á su amigo los ojos de su mujer, no quería la muerte del pecador.

Tadeo conocía perfectamente á Adam, y de ahí que le exigiera la reserva más profunda; había hablado en este sentido para que le perdonara sus disipaciones y le dejase sacar mil escudos para Málaga.

—Es hombre de mucho carácter.

—¿Cómo es eso?

—Pues muy sencillo; no haber gastado más de diez mil francos por ella, y esperar á que se le atraiga, con carta como la que has leído, antes de llevarle con qué pagar sus deudas, ¡á fe mía que eso para un polaco...

—Pero puede arruinarte—dijo Clementina pronunciando la frase en ese tonillo agrio con que la parisiense indica su recelo de gata.

—Es que le conozco y sé que nos sacrificaría á Málaga, si fuera preciso.

—Ya lo veremos.

—Si fuese preciso para su dicha, no vacilaría en exigirle que la abandonase. Constantino me ha explicado que durante el tiempo que duraron estas relaciones, Paz, que siempre fué muy sobrio, ha vuelto á casa varias veces muy mareado... Si se dejara arrastrar por el vicio de la embriaguez, me causaría tanta pena como si se tratase de un hijo mío.

—No me digas más—gritó la condesa haciendo otro gesto de repugnancia.

Dos días después, notó el capitán en los modales, en el sonido de la voz, en las miradas de la condesa, los terribles efectos de la indiscreción de Adam. El desprecio abrió hondos abismos entre aquella encantadora mujer y él. Por eso cayó en la más profunda melancolía amargada con este pensamiento: «Tú mismo te has hecho indigno de ella». La vida se le convirtió en carga enojosa, y el sol más radiante lo miraron sus ojos como á través de un velo gris. Sin embargo, aun encontró momentos de satisfacción oculta, íntima, entre aquellas revueltas y tristes oleadas de dolor; pudo entregarse entonces sin peligro alguno al deleite de admirar á la condesa, que no le prestaba atención ninguna cuando en las solemnes veladas, medio oculto en un rincón, mudo, pero todo él inflamado, dejando que el corazón le subiera á los ojos, no perdía una de sus actitudes, uno de sus cantos, si cantaba. Su vida era como el reflejo de aquella otra vida hermosa. Podía almohazar el caballo que ella montara y consagrarse con ahínco á sostener la casa combinando el fausto de que hacía alarde con magníficos planes económicos y redoblando la abnegación con que vigilaba sus intereses. Pero el placer que embriagaba su espíritu sacrificándose á la dicha de su bien amada y de su amigo, permanecía oculto en el pecho, como en el pecho de la madre se encierra el goce maternal sin que el hijo sepa lo que ocurre en su corazón. ¿Puede decirse, en efecto, que se sabe cuando se ignora algo, por poco que sea? ¿No era lo que hacía el capitán más hermoso que el casto amor de Petrarca por Laura, recompensado en definitiva por un verdadero tesoro de gloria y por el triunfo de la poesía que había inspirado la mujer? ¿No vale toda una existencia la sensación que debió gozar Assas en la hora de la muerte? Pues Paz la sintió uno y otro día sin morir, pero también sin la recompensa de la inmortalidad. ¿Qué misterio hay en el amor para que, no obstante las venturas inefables que proporcionaba al polaco, se sintiese devorado por una pena invencible? La religión católica ha engrandecido de tal manera el amor,

que une, por decirlo así, indisolublemente la estimación y la hidalguía. No existe el amor sino acompañado de las preeminencias de que se enorgullece el hombre, y es en realidad tan raro que se desprecie a quien se ama, que Tadeo se sentía agonizar herido de muerte por las llagas que él mismo había abierto. Si hubiera podido morir después de escuchar que ella le habría amado... el infeliz amante tuviera esto por dichosa recompensa al sacrificio de la vida. Parecíanle las angustias de su situación pasada preferibles á agitarse junto á ella, sin que fuese apreciada ni comprendida su conducta generosa. Deseaba ansiosamente el pago de su virtud. Su cara cobró un tinte amarillo; se adelgazó y se puso tan enfermo, consumido por la fiebre, que todo el mes de enero lo pasó en cama sin querer que le visitaran doctores. El conde Adam temió por la salud de su pobre Tadeo. La condesa tuvo, cuando esto ocurría, la crueldad de decir en familia: «Déjenle ustedes. ¿No está claro que sufre algún remordimiento olímpico?» La frase dió al enfermo el valor de la desesperación: levantóse, salió, procuró distraerse y se puso bien. En febrero sufrió Adam una pérdida considerable en el Jockey-Club, y como temía á su mujer, rogó á Tadeo que agregase el desfalco á la cuenta de sus prodigalidades con Málaga.

—¿Qué tiene de particular que la acróbata te cueste veinte mil francos? Sólo á mí me importa eso; mientras que si la condesa sabe que yo los he perdido al juego, perderé su estimación y abrigará temores para lo porvenir.

—¡Eso más!—exclamó Tadeo exhalando un profundo suspiro.

—¡Ah, Tadeo! Esta merced nos pondrá al corriente en nuestros mutuos favores cuando yo no sea tu deudor.

El capitán repuso:

—Puedes tener hijos, Adam. No juegues.

Cuando supo la condesa la generosa conducta de Adam para con su amigo, tronó:

—¿Veinte mil francos más nos cuesta Málaga? Diez mil antes, y en junto treinta mil. ¡Mil quinientos

francos de renta; el precio de mi abono en los Italianos, la fortuna de muchos empleados modestos!...

Y cogiendo flores en su invernadero, añadió:

—¡Vaya, que los polacos sois incomprensibles! ¿De modo que no te saca de quicio semejante acción?

—El pobre Paz...

—El pobre Paz, pobre Paz...—replicó ella interrumpiéndole—¿para qué nos sirve? Voy á tomar las riendas de mi casa; quiero gobernarme yo. Le darás los cien luises de renta que ha rechazado, y que se arregle como pueda con el Circo Olímpico.

—Querida, nos es utilísimo ese hombre. Lo cierto es que nos ha economizado más de cuarenta mil francos en un año, y ten presente, ángel mío, que mientras él nos coloca otros cien mil en casa de Nucingen, cualquier intendente nos habría robado esa cantidad...

Estas observaciones sosegaron el ánimo de Clementina, pero no se mostró por ello menos dura con Tadeo. Algunos días después rogó á Paz que se presentase en aquel gabinete donde un año antes, sorprendida como se sabe al verle, le comparó con el conde: esta vez le recibió con la cabeza alta, sin temor de correr ningún peligro.

—Mi querido Paz—le dijo con la familiar entonación que sin exponerse usan los superiores dirigiéndose á los inferiores,—si ama usted á Adam como pregona, va usted á hacer lo que él no se atreverá á pedirle nunca, y que yo, mujer, no vacilo en exigir...

—¿Se trata de Málaga?—interrumpió Tadeo con marcada ironía.

—Eso es, sí. Y si desea usted continuar entre nosotros hasta el fin de su vida, si quiere usted que sigamos siendo buenos amigos, abandónela. Como un soldado viejo...

—No tengo más que treinta y cinco años, y ni uno de mis cabellos blanquea.

—Aparenta usted tenerlos, y es igual. ¿Cómo hombre tan calculador, tan distinguido...?

Y esta frase resultó horrible porque fué dicha con evidente intención de despertar en su espíritu la nobleza de sentimientos que creía ella apagada.

—Tan distinguido como usted lo es—continuó después de corta pausa á que le obligó un gesto de Paz—permite que le engañen como á un niño? La aventura ha dado celebridad á Málaga... Tanto que mi tío se propuso verla y la vió. Y no es él solo; Málaga recibe amablemente á todos esos señores... Y yo creía que era usted un alma superior... ¡Vaya, vaya! Veamos, ¿tan gran pérdida sería para usted, que no fuera posible repararla?

—Señora, como yo supiera qué sacrificio hacer para reconquistar su aprecio, no se me vería vacilar; pero perder á Málaga no es, ciertamente, un...

—He aquí lo que yo diría si fuese hombre y estuviera en la misma situación: «Bah, pues si eso ha de ser para mí un gran sacrificio, no hay por qué enfadarse».

Paz se escapó temeroso de cometer algún disparate, porque sentía que se apoderaban de su alma ideas locas. Fué á pasearse al aire libre, á respirar, ligeramente arropado, á pesar del frío, sin poder extinguir el fuego que le abrasaba la frente y el rostro. Oía siempre implacable el eco de estas palabras: «¡Yo había creído que era usted un alma superior!» «¡Y no hace más que un año, pensaba, que juzgando por los elogios de Clementina, yo solo batí á los rusos!» Se le ocurrió que debía abandonar el hotel Laginski y ponerse al servicio de los spahis para hacerse matar en África; pero detuvo el curso de aquellas imaginaciones este temor: «Sin mí ¿qué fuera de ellos? No tardarían en arruinarse. ¡Pobre condesa! ¡Qué horrible existencia para ella si viera su fortuna reducida á treinta mil libras de renta! Vamos, valor, puesto que está perdida para mí, y acabemos la obra.»

Todo el mundo sabe que, á contar del año 1830, el carnaval ha adquirido en París tan prodigiosa importancia, que le convierte en fiesta europea mucho más burlesca y mucho más bulliciosa que el extinguido carnaval de Venecia. ¿Dependía quizás de que, disminuyendo las fortunas más de lo justo, hubieran buscado el medio de divertirse colectivamente de la misma manera que convierten sus clubs en salones sin señoras de la casa, sin etiquetas y sin grandes gastos?

Sea como fuere, lo cierto es que el mes de marzo prodigaba entonces sus bailes, en que las farsas y mentiras, la alegría loca, grosera, el delirio, las mascaradas grotescas y las burlas avivadas por el agudo ingenio parisiense, adquieren proporciones gigantescas. Tenía en la calle de Saint-Honoré su Pandemónium aquella especie de desenfreno y su Napoleón en Musard, que era un hombre pueñillo de quien se dijera que había surgido expresamente para dirigir un concierto tan salvaje como la multitud tumultuosa, y para inspirar el *galop*, por lo que tiene de aire húngaro ó baile de brujas en día de aquelarre, lo cual puede citarse como uno de los méritos de Auber, pues el *galop* no ha adquirido expresión ni poesía hasta que se compuso el gran *galop* de Gustavo. ¿No podría tomarse aquel final extraordinario como símbolo y resumen de una época en que, á contar de cincuenta años á esta parte, se produce todo con la rapidez de un sueño? No se extrañará, teniendo en cuenta cuanto precede, que el sesudo y grave Tadeo, con todo y llevar grabada en su corazón tan divina y pura imagen, propusiera á Málaga, soberana que regía en los bailes de carnaval, pasar una noche en el baile Musard, cuando supo que la condesa, disfrazada hasta la exageración para que no la conociesen, proponíase ver, en compañía de otras dos jóvenes y sus maridos, el curioso espectáculo que ofrecía una de esas diversiones monstruosas.

El martes de carnaval (ocurría esto en 1838 á las cuatro de la madrugada), envuelta la condesa en su dominó negro y presenciándolo todo desde las graderías de aquel anfiteatro en que más tarde dió sus conciertos Valentino, descubrió á Tadeo que desfilaba entre la furia de la danza macabra, vestido de diablo y arrastrando vertiginosamente en sus brazos á la acróbata, que lucía su disfraz de salvaje, muy adornada la cabeza con plumas, como un caballo enjaezado para una fiesta religiosa, y dando tales bofetes, que se la distinguía á través de la multitud como si fuese una visión.

—¡Ta, tal! Ahora veo—dijo Clementina á su esposo—que sois los polacos hombres sin carácter. ¿No habría

depositado todo el mundo su confianza en Tadeo? Me dió palabra de no concurrir á este sitio, porque no imaginaba que yo estaría aquí viéndolo todo sin ser descubierta por persona alguna.

Algunos días después comió Tadeo en su mesa. Dejóles solos Adam á los postres, y censuró tan acremente Clementina la conducta de aquél, que no pudo caberle duda de que la joven deseaba echarle de su lado.

—Sí, señora—dijo humildemente Paz,—tiene usted razón que le sobra; soy un miserable, pues había dado mi palabra; pero ¿qué quiere usted? Abrigaba el propósito de abandonar á Málaga pasado que fuese el carnaval... Seré franco, puesto que es preciso... Me domina de tal manera esa mujer, que...

—¡Una mujer que obliga á los agentes de la autoridad á que la pongan de patitas en la calle, y en qué baile, y tratándose de un espectáculo como el de Musard!

—Convengo en ello, y me conformo con la sentencia: saldré de su casa de usted; pero ya sabe quién es Adam. Si dejo que empuñe usted las riendas de su casa, será preciso que despliegue mucha energía. Cierzo que tengo en mí contra el que me arrastre Málaga; pero sé cuidar de los intereses que se me confían, imponerme á la servidumbre y estar atento á los más insignificantes pormenores. Permita usted, pues, que no les abandone hasta que me persuada de que se halla usted en situación de seguir mi método de administración. A los tres años de matrimonio están ustedes en estado de no cometer ninguna de esas tonterías propias de la luna de miel. Las parisienses, en general, y aun las más encopetadas, manejan hoy muy bien no solo los menesteres de la casa, sino también su fortuna, si la hay. Pues cuando yo tenga la seguridad de que puede usted ser mucho más firme que entendida en el manejo doméstico, tenga por seguro que saldré de París.

—Es el Tadeo de Varsovia, y no el Tadeo del Circo quien habla. ¡Ojalá vuelva usted curado!

—¡Curado...! Nunca—contestó Paz, entreteniéndola mirada, los ojos bajos, con los lindos pies de Clemen-

tina.—Ignora usted, condesa, qué sugestión malévola, incomprensible, ejerce su espíritu.

Vaciló; sintió que desfallecía su ánimo al hablar así, y añadió precipitadamente:

—No hay dama elegante que valga con todo su empaque monísimo lo que aquel natural ingenuo de bestia vigorosa...

—Pues yo le aseguro que no querría tener poco ni mucho de animal—repuso la condesa echándole una mirada viperina.

A partir de aquel día, el conde Paz procuró que se pusiera Clementina al corriente de todos los asuntos de su casa, y convirtiéndose en maestro suyo, fué imponiéndola de todas las dificultades que podrían complicar la administración de la casa, del valor justo que debía darse á todos los objetos y del sistema que él empleaba para que no le robasen los criados. Podía confiar enteramente en Constantino y considerarlo como mayordomo, pues le había formado Tadeo á su hechura y según su gusto. Cuando llegó mayo, parecióle que Clementina se hallaba en disposición de manejar sus intereses, porque era mujer de instinto educado, de las que tienen seguridad de abarcarlo todo de una ojeada, y en quien es innato el talento propio de una ama de su casa.

La situación, preparada con tanta sencillez por Tadeo, vino á complicarse por una de esas peripecias horribles de la vida: sus penas no podían ser tan dulces como él lo deseaba; y fué que Adam cayó gravemente enfermo. Tadeo no se marchó; además de continuar aferrado al sacrificio, constituyóse en enfermero de su amigo, y fué infatigable en el cumplimiento de sus deberes. Si otra mujer se hubiese empeñado en aguzar su instinto perspicaz, ¿cómo no descubrir inmediatamente que aquella heroica conducta podía tomarse á manera de castigo que se imponen las almas grandes para contener sus pérdidas aunque involuntarios pensamientos? Pero las mujeres ó lo ven todo ó no distinguen más allá de sus narices, porque no tienen más norte que el amor.

Veló y cuidó Paz á Mitgislas durante cuarenta y cinco días sin preocuparse aparentemente de Málaga,

por la excelente razón de que no había pensado nunca en ella. Viendo que Adam se hallaba á las puertas de la muerte y que no agonizaba aun, Clementina pidió junta de médicos, convocando á los doctores más célebres.

—Si sale de esta—dijo el más entendido y docto—todo lo deberá al esfuerzo de la naturaleza. Los que le cuidan deben secundarla acechando sin descanso el momento en que sobrevenga la crisis. La vida del conde depende de sus enfermeros.

Tadeo se apresuró á dar noticia de este pronóstico á Clementina, que esperaba en el pabellón chino, tanto para buscar un poco de esparcimiento á su fatigado espíritu como para que decidieran con libertad de acción los médicos y no incomodarles en su estudio. Avanzando por las vueltas y revueltas del paseo arenado que conducía desde el gabinete de la dama á la roca donde se levantaba el pabellón, pensárase justamente que el amante de Clementina había dado en el fondo de uno de esos abismos que describió Alighieri. No contó nunca el infeliz con la posibilidad de ser un día ú otro marido de Clementina, y se metió sin darse cata de ello, en el lodo de un pantano. Presentóse á la mujer de su amigo, con la cara descompuesta por una mueca sublime de dolor. Su cabeza era imagen de la desesperación, y la transmitía, como la de Medusa.

—¿Ha muerto?...—preguntó Clementina.

—Le han condenado á morir, ó cuando menos solo confían en la naturaleza. No entre usted aun: allí están todos, y Bianchón va á levantar el apósito.

—¡Pobrecillo! No hago más que pensar en si le he atormentado alguna vez.

—Esté usted tranquila, porque ha conseguido usted que sea muy feliz, y le ha tratado con sobrada indulgencia...

—La pérdida sería irreparable.

—Pero, dígame usted, querida; suponiendo que el conde sucumba, ¿no le había usted juzgado como hombre...?

—Le amaba sin pasión, pero le quería como debe amar toda mujer á su esposo.

—Debería usted, por tanto—y la voz con que pronunció estas palabras Tadeo sonaba de un modo extraño en los oídos de la joven,—sentir menos esta desgracia que si se tratase de un hombre en quien las mujeres cifran todo su orgullo, que son su vida, su amor... ¿Por qué no ser sincera con quien es tan amigo como yo?... Yo sí, yo sí que me dolería de su muerte... Mucho antes de que se casara, le miraba como hijo, y le he sacrificado después mi existencia. Me sería indiferente vivir, si esa desgracia ocurriera. Pero la vida es grata aún para una viuda de veinticuatro años.

—¡Eh! ¡Bien sabe que no amo á nadie!—repuso con el acento brusco propio del que sufre.

—Usted no sabe todavía lo que es amar.

—¡Oh! marido por marido, soy bastante sensata para preferir una criatura como mi pobre Adam á otro hombre de entendimiento privilegiado. Hace ya treinta días que nos estamos diciendo: «¿vivirá?» Tales alternativas de esperanza é incertidumbre, me tienen tan preparada como á usted para resistir la pérdida resignadamente. Puedo ser franca con usted, y juro que sacrificaría mi vida por la de Adam. ¿Acaso no consiste la independencia de una mujer que vive en París, en conformarse con el cariño que fingen gentes arruinadas ó disipadoras? Por eso he rogado á Dios que me conservase un marido tan complaciente, tan bonachón, que no era quisquilloso, y que empezaba á temerme.

—Es usted sincera, y esto aumenta la estimación que le tengo—exclamó Tadeo cogiendo la mano de Clementina, que le dejó hacer, y besándosela.—En instantes tan solemnes se experimenta no sé qué satisfacción dando con una mujer que habla de sus sentimientos sin hipocresía. Se la entiende. Confiemos en el porvenir; supongamos que Dios no escucha su ruego y héteme aquí dispuesto como nadie á decirle: «Confíeme usted su amigo». Sí, las cincuenta noches pasadas en vela no han debilitado mi vista, y aunque tuviese que estar treinta días con sus noches sin pegar los ojos, dormiría usted, señora, en tanto que velaba yo. Sabré arrancarle á la muerte si, como dicen ellos, es posible que le salven los cuidados ajenos.

Pero, en fin, ocurre que sin que usted pueda remediarlo ni yo tampoco, el conde sucumbe. Pues bien, si viese usted que era amada ¿qué digo amada? adorada por un hombre de corazón, de tal carácter que fuese digno del suyo...

—Quizás he deseado locamente ser querida, pero no he podido encontrar...

—¡Y si se hubiera equivocado usted...!

Miró Clementina fijamente á Tadeo, imaginando que le movía á hablar así la codicia y no el amor; midióle de pies á cabeza, con soberano desprecio, y le anonadó con esta frase: «¡Pobre Málaga!» pronunciada en tres tonos distintos que sólo las damas distinguidas alcanzan á descubrir en el registro de sus desdenes. Se levantó, dejó á Paz hecho estatua fría, y sin volver la cabeza salió de la estancia dirigiéndose á su tocador para subir á la habitación de Adam.

El capitán entró una hora después en la alcoba del enfermo, á quien continuó prodigando sus desvelos como si no acabase de ser herido de muerte. Taciturno, ensimismado, sostuvo un duelo con la enfermedad, tan implacable, tan valiente, que excitó la admiración de los mismos médicos. Sus ojos estaban á todas horas, no despiertos, sino vivos, brillantes como la luz. Oía las palabras fervorosas con que Clementina le testificaba su agradecimiento constante, sin aceptarlas y sin demostrarle el más leve enojo, parecía sordo. Había pensado: «me deberá la vida de Adam», y diríase que grababa esta idea con caracteres de fuego en la habitación del conde. Vióse obligada su mujer á los quince días á no ser tan solícita en sus cuidados, so pena de sucumbir á fatiga tan dura. En cambio Paz era infatigable. El médico de cabecera, Bianchón, pudo responder hacia fines de agosto de la salvación del polaco.

—¡Ah, señora! No tiene usted que estarme agradecida; á no ser por su amigo, esté segura de que no lo habríamos salvado.

Al día siguiente de la escena lamentable que ocurrió en el pabellón chino, el marqués de Ronquerolles fué á despedirse de su sobrina, pues se le había encargado de una misión secreta en Rusia, y Paz aprobó

rechó la coyuntura para hacer cierta recomendación al diplomático. Sucedió, pues, que el día en que el conde Adam y su esposa salieron por primera vez durante la convalecencia á la calle, á punto de salir el coche se presentó un guardia en el patio preguntando por el conde Paz. Tadeo, que se hallaba sentado frente á sus amigos en la carretela, recogió una carta en cuyo sobre podía verse el sello del Ministerio de Negocios extranjeros, y tan rápidamente la sepultó en uno de los bolsillos, que Clementina y Adam no acertaron á decirle palabra. No puede negarse que los que viven en buena intimidad manejan muy bien el lenguaje mudo. Sin embargo, tan pronto como estuvieron á la altura de la puerta Maillot, usando Adam de las libertades que se permiten á los convalecientes cuyos caprichos es necesario respetar, dijo á Tadeo:

—No son nunca indiscretos dos hermanos que se aman tanto como nosotros: sabes muy bien lo que te dice ese oficio; dímelo, porque me consume la fiebre de la curiosidad.

Clementina se dirigió á su marido, mirando á Paz con el ceño fruncido de las mujeres que saben fingir su enfado:

—Me demuestra tanto enojo de dos meses á esta parte, que me guardaré muy bien de insistir.

—¡Oh, Dios mío! Como no puedo impedir que lo publique mañana la prensa, no tengo por qué ocultar el secreto: el emperador Nicolás me hace la merced de nombrarme capitán, destinándome á uno de los regimientos de la expedición de Khiva.

—¿Y aceptas?—preguntó Adam.

—Iré, en efecto, querido. De capitán salí, y capitán vuelvo á la guerra... Podría Málaga obligarme á cometer alguna bestialidad. Mañana comeremos juntos por última vez. Si no fuera yo en septiembre á San Petersburgo, me tocaría más tarde ir á pie, y al fin y al cabo, como no soy rico, debo dejar á mi querida libre, asegurándole su independenciam. ¿Cómo sería posible que no me preocupase por el porvenir de la única mujer que ha sabido comprenderme? Le parece á Málaga que soy una gran cosa; me cree hermoso Málaga: acaso es infiel, pero pasaría por...

—Por el aro y caería bonitamente sobre el caballo, sólo por agradarle á usted—interrumpió con vivas Clementina.

—¡Ah, no conoce usted á Málaga!—contestó el capitán, impregnado el acento de profunda amargura y dirigiendo una mirada tan irónica á Clementina, que se la vió durante un rato pensativa é inquieta.

—Adiós, verdes árboles de este hermoso bosque de Boulogne, por donde pasean las parisienses y los desterrados que hallan aquí su segunda patria. Seguro estoy de que mis ojos no volverán á ver el «Paseo de *Mademoiselle*», ni el de «*Dames*», ni el cedro de las rondas. En las regiones del Asia, adonde voy, respetando las órdenes del emperador, á quien tomo por amo, jefe quizás de un ejército á copia de heroísmo y de exponer mi vida, ¿quién me asegura que no echaré de menos los Campos Elíseos, donde tuve la suerte de que me destinara usted un sitio en su carruaje? En resolución; me acordaré siempre con tristeza de los rigores de Málaga, de la Málaga á quien me refiero en estos instantes.

Y hablaba de manera que Clementina se conmovió.

—¿Es decir, que la ama usted mucho?—preguntó la joven.

—Le he sacrificado el honor que no sacrificamos nunca...

—¿Cuál?

—El que guardamos entero y á toda costa para nuestro ídolo.

Dicho esto, se encerró el capitán en el silencio más impenetrable, que sólo cortó al pasar por los Campos Elíseos, á tiempo que señalaba una construcción de tablas:

—¡El circo!

Antes de comer se dirigió á la embajada de Rusia y fué de allí á las oficinas de Negocios extranjeros. Temprano, antes de que se levantaran la condesa y Adam, se embarcó para el Havre.

—Pierdo un amigo—exclamó el último cuando se enteró de la marcha del conde Paz, húmedos los ojos.—un amigo en la verdadera acepción de la palabra. ¿no atino qué puede haberle obligado á huir de mi

casa cómo se huye de la peste. No somos tales que nos indispongamos por una mujer—añadió mirando fijamente á Clementina—y, no obstante, todo cuanto decía ayer de Málaga... ¡Pero si él no ha tocado nunca ni la punta de los dedos á esa criatura!...

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he tenido, naturalmente, la curiosidad de visitar á la señorita Turquet, y sé que la pobre niña no puede explicarse aun la frialdad absoluta de Tad...

—Basta, amigo mío—interrumpió la condesa. Y se retiró á sus habitaciones, dando vuelta á este pensamiento: «¿Seré víctima de un engaño sublime?»

No había tenido tiempo de completar la idea, cuando Constantino le entregó la siguiente carta, que había emborronado Tadeo durante la noche:

«Condesa: Ir al Cáucaso con intención de hallar la muerte y llevar la herida de su desprecio, es exigirme demasiado: se debe morir de manera que no quede el cuerpo vivo cuando se tiene fría el alma. Me enamoré de usted tan pronto como la vi, y la quise desde entonces como se quiere á una mujer inolvidable, aunque nos sea infiel, y me enamoré yo, fíjese, yo, deudor afectuoso de Adam, que la había escogido á usted por esposa; yo, pobre y humilde; yo, que me sacrificaba voluntariamente por la casa. El sufrimiento ha sido horrible; pero no importa, porque he arrastrado una vida deliciosa en medio de mi dolor. Ser una rueda indispensable de la máquina, útil para todas sus comodidades, para su bienestar, constituía para mí un manantial de goces inextinguible; y si los mismos goces parecían imperecederos por lo que afecta á Adam, calcule usted qué extremo alcanzaron cuando la causa y el efecto provenían de una mujer adorada. Ofrecíome este amor placeres parecidos á los de la maternidad, y me conformé con arrastrar semejante existencia. A la manera de los pobres que vagan por los caminos, me construí una cabaña de guijarros, en los lindes de su hermoso dominio, sin tenderle la mano para implorar compasión. Pobre y desventurado,

»ciego por la dicha de Adam, yo era el dadivoso. Le
 »juro que estaba usted protegida por un amor puro
 »como el de los ángeles guardianes, amor que velaba
 »su sueño, que le acariciaba á usted con la mirada
 »viéndola pasar, y que era feliz sólo porque existía
 »consumiéndose en su propio fuego: en una palabra,
 »usted alumbraba como el sagrado sol de la patria
 »las tristezas de este pobre desterrado, que escribía
 »con los ojos preñados de lágrimas. A los diez y ocho
 »años, huérfano de cariño, tomé por amante ideal á
 »una encantadora dama de Varsovia, á quien hice
 »dueña de mis pensamientos y de mis deseos, y con-
 »vertí en reina y señora de mis noches y mis días. El
 »ídolo ignoraba la pasión que había inspirado; pero
 »¿por qué revelarle el secreto? Yo amaba mi amor.
 »Juzgue usted por esta aventura de mi juventud, si
 »sería yo feliz viviendo en la órbita de su existencia,
 »cuidando de su caballo, escogiendo las monedas de
 »oro más relucientes para su bolsillo, preocupán-
 »dome por el lujo de su mesa y por el esplendor de
 »sus veladas, porque figurase su fortuna entre las
 »más espléndidas, y aun porque aventajase en fausto
 »á las más firmes. ¡Con qué ardor caía yo en París
 »oyendo decir á Adam: «¡Mira, Tadeo, que *ella* quiere
 »tal cosa!» Dificil es que yo exprese la dicha que
 »experimentaba cumpliendo el encargo. Hubo un
 »tiempo en que deseó usted nonadas que me obliga-
 »ron á forzar el ingenio y á correr durante siete horas
 »seguidas detrás de un imposible en carruaje. ¡Pero
 »qué delicioso era andar y andar para contentarla
 »á usted! Cuando la veía sonriente rodeada de flores,
 »me olvidaba de que nadie me quería en el mundo.
 »En fin, era como si hubiese vuelto á mis diez y ocho
 »años. Días pasaron en que, completamente loco, iba
 »durante la noche á besar el sitio donde, á lo menos
 »para mí, dejaban sus pies huellas luminosas, de
 »mismo modo que realicé, tiempo atrás, proezas de
 »ladrón para besar la llave que la condesa Ladislas
 »había tocado con su mano al abrir una puerta. Pero
 »fumado era el ambiente que usted respiraba; aspirando
 »rándolo yo, encontrábame pletórico, y me parecía
 »que llenaba mis pulmones, como dicen que ocurre

»en los trópicos, un vapor cargado de esencias genera-
 »doras. No hay más remedio que explicar á usted
 »todos estos pormenores para que comprenda la rara
 »fatuidad de mis involuntarios pensamientos. Habría
 »muerto antes de descubrirme. Debe usted recordar
 »aquellos días en que, curiosa, deseó usted conocer
 »al autor de los milagros que se operaban en torno
 »suyo. Y he creído, perdóneme, señora, he creído
 »que llegaría usted á quererme. Su benevolencia,
 »sus miradas que recogía é interpretaba el corazón
 »amante, me parecieron tan peligrosas para mí, que
 »busqué á Málaga, persuadido de que me ataba con
 »uno de esos lazos que no saben perdonar las mujeres
 »nunca: hice esto tan pronto como advertí que el fuego
 »de mi amor se comunicaba fatalmente. Anonádeme
 »con el desprecio que me ha humillado sin que yo lo
 »mereciese; pero creo estar seguro de que la noche
 »en que su tía se llevó al conde, si yo hubiera dicho
 »lo que acabo de escribir, habría hecho como el tigre
 »mansado, que afiló sus dientes para clavarlos en
 »carne fresca, que siente el calor de la sangre y...

»Media noche

»No he podido continuar; el recuerdo de aquella
 »hora feliz está aun demasiado vivo en mi alma. Sí,
 »yo sufrí entonces el vértigo del delirio. Iluminaba
 »la esperanza sus ojos; la victoria y sus enseñas en-
 »cendidas, rojas, habrían brillado en los míos, fasci-
 »nándola á usted. Mi crimen consiste en pensar todo
 »lo que va expuesto, quizás por error. Sólo usted
 »puede ser juez de la terrible escena en que he con-
 »tenido y rechazado al amor y al deseo, los ímpetus
 »más invencibles del hombre, con la mano glacial de
 »un agradecimiento que será perdurable. Me castigó
 »usted terriblemente con su desprecio, probándome
 »que no se levanta uno cuando el desagrado de la
 »mujer querida le hunde en el polvo. La amo á usted
 »como un insensato. Si Adam hubiese muerto, estaba
 »decidido á partir: vivo, con más justa razón debo
 »alejarme. No se salva de las garras de la muerte á
 »un amigo para engañarlo. Además, mi ausencia es
 »como el castigo que merezco por haber pensado

»en dejar que pereciera, cuando los médicos declararon que su vida dependía de sus enfermeros. Adiós, señora; todo lo pierdo, abandonando París; usted, en cambio, nada pierde con no tener á su lado á su afetuoso,

»TADEO PAZ.»

—Si mi pobre Adam confiesa que se ha quedado sin el amigo, ¿qué es lo que he perdido yo?—pensó Clementina con el ánimo suspenso y los ojos fijos en una flor de su alfombra.

La carta que Constantino entregó en secreto al conde estaba concebida en estos términos:

«Querido Mitgislas: Málaga me lo ha confesado todo: si quieres ser feliz, que no se te escape una palabra, hablando con Clementina, de tus visitas á la gimnasta, y déjala siempre en el engaño de que me cuesta cien mil francos Málaga. No voy á Khiva; voy al Cáucaso; se ha apoderado de mi espíritu de spleen, y en la disposición de ánimo que me lleva á la lucha, ó seré príncipe Paz antes de tres años ó habré muerto. Adiós; aunque he recogido sesenta mil francos en casa de Nucingen, están saldadas nuestras cuentas.

»TADEO.»

—¡Qué imbécil soy! Debería haberme cortado la lengua antes que decir palabra de la saltimbanquis—murmuró Adam.

He aquí que han pasado tres años desde que se marchó Tadeo, y los periódicos no hablan aun de ningún príncipe Paz. A la condesa Laginski le merecía extraordinario interés las expediciones del emperador Nicolás: es rusa fervorosa y lee con avidez todas cuantas noticias se relacionan con aquel país. Preguntaba una ó dos veces cada invierno con afectada indiferencia al embajador: «¿Sabe usted lo que ha podido ocurrirle á nuestro pobre Paz?»

¡Ay! la mayor parte de los parisienses que tienen la pretensión de ser tan perspicaces, tan vivas, pasan y pasarán perdurablemente por el lado de un Paz sin

fijar sus ojos en él. Sí, más de uno permanece obscuro; pero es horroroso pensar en que otros siguen desconocidos cuando se les ama. La mujer más sencilla exige, aun tratándose del hombre más grande, un poco de vocinglería charlatana; y el amor más dulce y adorable nada significa para su espíritu si se lo ofrecen natural, tosco, ingenuo; necesita el aparato de la figura brillante con sus adornos como plata reluciente.

La condesa Laginski, hermoseedada con aquel sello de suave melancolía, inspiró en enero de 1842 una de las más violentas pasiones al conde de La Palferina; tenía fama éste entre los calaveras más audaces del París actual. La Palferina, comprendiendo que era difícil la conquista de una mujer tan bien guardada por una ilusión, contó, para apoderarse de la encantadora joven, con un golpe de mano que secundaría otra dama algo celosa de Clementina.

Incapaz, no obstante tener tan agudo ingenio, de sospechar semejante traición en la que se llamaba su amiga, cometió la imprudencia de ir con ella á un baile de máscaras de la Ópera. A las tres de la madrugada, sintiendo la embriaguez propia del bullicio y del vértigo y de la sugestión con que la había mareado La Palferina, consintió en cenar, y ya estaba á punto de subir al coche de la falsa compañera, cuando fué arrebatada por un brazo vigoroso que, sin hacer caso de sus gritos, la empujó hacia su propio carruaje, cuya portezuela estaba abierta y que ella ignoraba que le esperase allí.

—No ha salido de París—exclamó reconociendo á Tadeo, quien se alejó en cuanto el coche se llevó á la condesa.

«Ha tenido mujer alguna semejante novela en su vida? A todas las horas del día espera Clementina que vuelva á presentársele Paz.

París, enero, 1842.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1825 MONTERREY, MEXICO